

Título: Nocilla dream
Autor: Agustín Fernández Mallo
Editorial: Candaya
Págs: 217
Precio: 16 €

Un amigo escritor me incitó a leer *Nocilla dream*. En el prólogo Juan Bonilla dice que es la primera pieza de una aventura narrativa, Proyecto Nocilla, que no debería pasar desapercibida. Las expectativas eran muy altas, pues me llegó con la etiqueta de ser el futuro de la novela en el siglo XXI. Debo reconocer que me ha gustado, pero que la postpoética no ha inventado nada, y aunque parezca una puesta arriesgada apenas alcanza para un collage de zapping bien desestructurado.

Según su autor, Agustín Fernández Mallo, la obra surge a raíz de la lectura del artículo El árbol generoso de Charlie LeDuff, del verso de Yeats "todo ha cambiado, cambió por completo / una belleza terrible ha nacido", y de la reaudición de la canción ¡Nocilla, qué merendilla! de Siniestro Total.

No voy a negar el acierto y la oportunidad de algunas ideas que podemos hallar en *Nocilla dream*, pues la columna sobre la cual recae el sentido de toda literatura tiene la profundidad y precisión del metro cuadrado de un cuento de Cortázar. El carrusel de personajes que se entrecruzan en el universo "fernández-malloniano" despide una luminosa variedad cromática, capaz de "redefinir lo absurdo en su beneficio" (pág. 67), y de reflexionar sobre el complejo arte de la novela y la escritura:

Todo el mundo sabe que escribir es haber muerto. Sólo la muerte pasa la vida a limpio y a esa distancia es capaz de reescribirla. Por eso sólo el escritor es quien narra el mundo de los vivos desde el mundo de los muertos (pág. 72)

Agustín F.M., el autor, logra que Carson City y otros paisajes extiendan el desierto ante nuestros ojos, un desierto físico y un desierto emocional, exterior e interior, del que cabe destacar la contención y la maestría en el reflejo de: "*la sensación sin probabilidad de equivocación de que en ese momento el mundo no cambió nada, y que en eso consiste la esterilidad humana*" (pág. 210). El autor cita el Efecto-Kuleshov, como identidad del cine, por la yuxtaposición de dos imágenes que permitieron desarrollar un arte nuevo, e intenta responder al reto, en el siglo XXI, de una literatura coetánea de los efectos de la globalización.

Por *Nocilla dream* desfila la soledad de unos personajes capaces de describir el mundo, desde el argentino que ha perdido la fe en Jorge Luis Borges y le levanta un

monumento, hasta el gasolinero del desierto de Albacete que compone canciones, el exboxeador de San Francisco que intenta recorrer al revés la ruta de Colón, o el álamo con los pares de zapatos en Carson City. Todas las historias acaban formando un universo y un territorio propios, entre lo racional-objetivo y lo emocional-subjetivo y lo analógico/mecánico y lo digital/electrónico, por el que vale la pena adentrarse hasta el fin.

Faltan pues por llegar *Nocilla Experience* y *Nocilla Lab* pero hay que felicitar a la Editorial Candaya, de Canet de Mar, por la arriesgada apuesta, en la que en medio del vacío es posible hallar la voz de un autor que, como los caramelos Sugus, sabe encontrar el pulso misterioso de la vida, y el júbilo esencial del instante.

Debo confesar, sin embargo, que la mayor sorpresa de la semana me la ha dado una película, y no es Apocalypto, sino Rocky Balboa, de la que no esperaba nada, más bien diría que esperaba un "bodrio", y de la que reconozco haber salido satisfecho. No se trata de una gran película, ni necesita efectos espectaculares para narrar una auténtica historia, la de todos aquellos que envejecen, y eso a todos nos sucede, con una familiaridad demasiadas veces ausente en Hollywood. Ojalá *el Proyecto Nocilla* de Agustín F.M., dentro de treinta años, pueda decir lo mismo y seguir noqueando al peligroso olvido.

Rubén García Cebollero

